

AMERIKA

XIV PREMIO DE NOVELA
ATENEJO JOVEN DE SEVILLA

AMERIKA

LORENZO LUENGO

algaida



El jurado de los Premios Ateneo de Sevilla de Novela estuvo compuesto por Enrique Barrero (Presidente de Honor), Francisco Prior (secretario), Eugenia Rico, Félix J. Palma, Manuel Gahete, Antonio Barquero, Carlos Muñiz, Miguel Ángel Matellanes, David Torres, Rosa Díaz y Ana María Ruiz Tagle. La novela *Amerika*, de Lorenzo Luengo, resultó ganadora del XIV Premio de Novela Ateneo Joven de Sevilla, que fue patrocinado por el Ayuntamiento de Sevilla, ICAS (Instituto de la Cultura y las Artes de Sevilla).

NO8DO
AYUNTAMIENTO
DE SEVILLA

ICAS,
SEVILLA INSTITUTO
DE LA CULTURA Y LAS ARTES

Primera edición: noviembre, 2009

© Lorenzo Luengo, 2009
© Algaida Editores, 2009
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-279-1
Depósito legal: M-41.5398-2009
Impresión: Lavel Industria Gráfica., S. A.
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Prólogo	9
¿Qué fue de Baby June?	17

AMERIKA O LAS CONFESIONES DE UN MUERTO VIVIENTE

1	27
2	40
3	59
4	73
5	103
6	111
7	125
8	140
9	163
10	180
11	202
12	215
13	231
14	246
15	259

16	275
17	283
18	297
19	346
20	353
21	371

LA CONSTRUCCIÓN DE AMERIKA

I	405
II	412
III	423
IV	433
V	439
VI	444
VII	449
VIII	455
IX	463
X	467
XI	471
XII	477
XIII	481
XIV	489
XV	493
XVI	501
XVII	505
XVIII	510
XIX	516
XX	525
XXI	529
¿Qué fue de Baby June? (y II)	533

PRÓLOGO

HACE ALGÚN TIEMPO, EN PLENA MADRUGADA DE UN VERANO por lo demás radiante, la torre junto a la costa que el autor de este prólogo utilizaba como depósito de juguetes mecánicos, maquetas y puzles infantiles ardió inesperadamente. Júpiter (relacionado con el conocimiento) se hallaba en el décimo grado de Aries (signo de fuego); el Sol en el decimoctavo. No relacioné la posición combusta de Júpiter con las coordenadas geográficas del torreón ($40^{\circ} 57' 9''$ N, $72^{\circ} 14' 43''$ O), y aún menos todos esos indicios con su significado astrológico, hasta que, como suele decirse en estos casos, fue demasiado tarde: para entonces, y por más que el chófer se comportara como un hombre al lanzar su coche colina abajo, unos fornidos tentáculos de humo ya braceaban desde mi desaparecido torreón en pos de las esferas celestes, mientras a su alrededor revoloteaba una caprichosa nevada de cenizas negras que lentamente, para impotencia de los bomberos que acababan de llegar al lugar de la catástrofe y la mía propia, iba sepultando el mundo.

Durante las siguientes tres semanas, las autoridades competentes, por llamarlas de alguna manera, investigaron el suceso, aunque sin encontrar rastro alguno de que el incendio hubiera sido provocado. (Tampoco de lo contrario, dicho sea de paso). El seguro se encargó entonces de todas las cosas inútiles, y unas semanas después se me hizo entrega de un montón de ruinas. Haciendo de tripas corazón, me abrí paso entre el revoltijo de planchas de hojalata, plástico fundido y mecanismos de relojería en que había quedado conver-

tida mi colección de juguetes, mientras uno de los comerciales de la aseguradora, con el desparpajo propio de un guía turístico, me explicaba alegremente el significado de aquellos escombros, que en su frívola visión de la vida con una mano de pintura y un buen fregado me harían sentir otra vez como en casa. Aguanté el tipo como pude durante la tortuosa ascensión a la torre, pero me derrumbé al ver asomar entre los cascotes el rostro desfigurado de Goran Craver, mi muñequito de ventrílocuo de importación europea, que había encontrado la muerte entre las llamas mientras contemplaba su admirada luna desde el telescopio que sobresalía de la cúpula.

Por consejo de mi psiquiatra, acudí a un centro de rehabilitación especializado en traumas relacionados con el fuego, situado en la costa de Quinnipiac, casi en la desembocadura del río Quinetucket, adonde llegaba dos veces por semana —martes y jueves— cruzando el estrecho a lomos de un sollozante ferry. Los jardines de la clínica estaban cortados por largos y rectos senderos, a los que flanqueaba una orgullosa formación de almendros y limoneros y unos bancos de hierro forjado que relumbraban como plata líquida cuando el sol empezaba a despeñarse sobre el mar. Había incluso una cancha de *naismithball* para entretenimiento de los traumatizados, idéntica a las que uno podía encontrarse en cualquier barrio marginal del distrito de Mannahata. Las reuniones, sin embargo, se celebraban en el interior de la clínica, que olía a amoníaco y estaba siempre iluminado por unos fluorescentes que agravaban el verde manicomio de las paredes. Allí, bañado en esa luz desesperanzada de los halógenos, atendí religiosamente los encuentros con el resto de traumatizados, escuché comprensivamente sus pobres tragedias, cabeceé y chasqueé ante las que ponían otra muesca más en las injusticias de este mundo, y obligado por las circunstancias, relaté tantas veces el origen de mi propio trauma que llegó a parecerme un chiste sin gracia, incluso fuera de lugar, como aparecer desnudo en una cena familiar o contar alguna aventurilla de burdel en un velatorio. O viceversa.

Naturalmente, aquellas tenebrosas visitas al más allá no sirvieron para que mi universo interior se recuperara del golpe que lo había conmocionado (más bien sucedió lo contrario), de modo que, contra mis deseos, pasé al siguiente nivel en el proceso curativo. Permítanme ahora que, para la comprensión del afortunado lector cuya

relación con el fuego no haya pasado de encender una hoguera en el campo o la chimenea en el salón de sus difuntos tatarabuelos, haga aquí un breve inciso para denunciar una práctica aberrante: de cómo nuestro país soluciona a su ciudadanía los traumas producidos por los incendios.

En primer lugar, y una vez ha quedado probado que los encuentros entre achicharrados no han servido de nada, a la víctima se la categoriza según la cota de gravedad que revista su trauma: el caso más leve es el del hombre que ha visto desaparecer en un abrir y cerrar de ojos sus posesiones más queridas, y el más grave el del hombre que, además de eso, ha visto achicharrarse a toda su familia y ya de paso él ha quedado horriblemente desfigurado en el proceso. Tras ese preámbulo administrativo, a la víctima se le asigna un achicharrado de diferente estatus al suyo, con el que desde ese mismo instante deberá confraternizar o, si eso no es posible, compartir por lo menos su día a día, con el saludable propósito de hacerle ver que incluso con la cara en obras la vida no tiene por qué ser un lugar tan malo: el estatus del achicharrado asignado será más alto si lo que se pretende es recuperar a la víctima para la vida útil, y más bajo si la finalidad consiste en comprobar a través de la mayor o menor empatía de la víctima hacia su allegado si por fin se encuentra en el recto camino para considerarse curado. Una vez realizado el cambalache de achicharrados, el receptor se verá sometido bajo contrato a escribir un parte diario de los adelantos de su adquisición, a cambio de un sueldo insólitamente alto, mientras que la víctima se comprometerá a no dejar de visitar a su abnegado estudioso durante un plazo determinado de tiempo, sin más ventajas que la de su posible curación. A mí, mero achicharrado en ciernes (falso, pues mis juguetes no eran simples juguetes), se me asignó un achicharrado de penúltimo nivel, lo que, si bien hablaba a las claras de la gravedad de mi trauma, no lo hacía tanto del respeto que se tenía por mi caso.

Tuve la fortuna (no tan extraordinaria, como pude saber después) de que se me hubiera asignado un achicharrado inexistente. Algunos achicharrados se suicidan, otros cambian de domicilio, otros desaparecen, sin más. El mío hizo alguna de esas cosas antes de que su apartamento, diminuto e infartado de cachivaches, pasara a manos de un sujeto normal y corriente, sin relación conocida con

el fuego, que, valiéndose de un maquillaje digno de Lon Chaney, usurpaba la identidad del antiguo ocupante del piso presentándose a los extraños como un «modesto calcinado». Por supuesto, era todo menos eso. Con una absoluta falta de escrúpulos, y el comprensible deseo de ganar dinero a espuertas sin doblar el espinazo más de lo necesario, el usurpador, en su papel de achicharrado terminal, se dedicaba a redactar informes favorables para los achicharrados en prácticas que llamaban a su puerta, al margen de lo realmente traumatizados que estuvieran, mientras él se dedicaba a la buena vida, con disfraz y sin disfraz, solo o en compañía de sus prostibularias concubinas. Como el mayor interés de cualquiera que ha pasado por las brasas es ser declarado útil cuanto antes, nadie le había delatado en los dos años que llevaba ejerciendo, y por lo que sé el alegre joven continúa hoy día su fértil negocio. Brindemos por él, pues. Su apartamento, además, era una fuente inagotable de hallazgos para el curioseador profesional. En cierta ocasión, mientras aguardaba a que aquel abyecto sujeto terminase de redactar un informe especialmente imaginativo sobre los avances de nuestra relación, hice en el salón un inesperado descubrimiento: revolviendo en una caja donde vegetaban varios gatos de porcelana, reparé en la existencia de seis resmas de hojas —extrañamente tituladas *Amerika o las Confesiones de un muerto viviente*— y dos cuadernos manuscritos semiocultos bajo los fragmentos de una camada descuaje-ringada. Entre las páginas del segundo cuaderno había un par de viejas crónicas periodísticas y un puñado de fotos en blanco y negro, todas ellas tan raras y misteriosas que inevitablemente despertaron mi curiosidad. Cuando le mostré mi hallazgo al dueño del apartamento, este se encogió de hombros y dijo no haber sabido de aquellos legajos hasta entonces. Puesto que no eran de su propiedad, y su contenido tampoco le interesaba lo más mínimo, no puso ninguna objeción a que me quedase con ellos.

Leí aquellas páginas al principio por curiosidad, y luego en un creciente estado de febril excitación. Para mi sorpresa, las confesiones americanas de aquel anónimo zombi no eran un texto cualquiera. Sus más de setecientas páginas relataban en primera persona los secretos de un luctuoso suceso que hace cuatro años causó sensación en nuestro inmoral estado: el devastador incendio de una man-

sión en las inmediaciones de Sagaponack y su estrecha relación con la desaparición de una joven europea, de biografía insípida y aspirante a actriz en el país equivocado. La joven era bonita (a juzgar por las fotografías) y notablemente falta de encanto (a juzgar por los comentarios que se sucedieron de quienes juraban haberla tratado); todo lo contrario, curiosamente, de lo que podría decirse de la mansión incendiada, una muestra de retorcida, distorsionada y encantadora genialidad que por desgracia la humanidad ha perdido para siempre. Lamentos aparte, cualquiera puede conocer la historia de ambas desapariciones con leer los periódicos publicados en los estados de Nípmuck, Pequot Mohegan, Nauset, Narraganset y Wampanoac, entre noviembre y diciembre de 2004.

Como muchos morbosos bien educados, yo también seguí la historia por los periódicos. Me interesaron particularmente los amenos relatos que recreaban la vida de la joven hasta su desaparición en el verano de aquel incoloro año («si en lugar de ser mi pequeña hubiera sido mi novia esto no hubiera sucedido»), llegó a afirmar el doliente progenitor en unas declaraciones que, cuando menos, retrataban unas pintorescas relaciones padre-hija), pero sobre todo atrajeron mi atención las excavaciones emprendidas en el gigantesco solar dejado por el incendio, el hallazgo de lo que parecían las ruinas de un parque temático subterráneo y la deliciosa aventura del médium que el detective encargado del caso reclutó en un evidente rapto de desesperación. El médium, un muchacho de unos veinte años, que nueve meses atrás había esclarecido un extraño caso de asesinato simplemente liberando su don a orillas del Muhheakantuck, acudió hasta la casa de mala gana, seguido por una nube de fotógrafos, y, tras absorber y digerir las vibraciones del lugar, aseguró que la mujer a la que buscaba la policía había fallecido en un accidente de tráfico nada menos que sesenta años atrás. Tras aquella impactante afirmación, se dedicó a doblar cucharillas con la mente ante las cámaras de televisión para demostrar que no mentía. Fue capaz de doblar casi media docena antes de caer fulminado, víctima de un violento ataque de epilepsia por el que, lo crean o no, fue llevado a los tribunales en una demanda conjunta por parte de la Asociación de Mentalistas Unidos y la Unión Nacional de Enfermos de Epilepsia. El joven no logró demostrar que su ataque fuera auténtico (punto en el que se

basaba la acusación de la UNEE, que no quería frivolidades con sus espasmos) y, por implicación, tampoco que hubiera sido provocado por el posible uso excesivo de sus facultades extrasensoriales (acusación de la AMU, que no quería frivolidades con sus milagros). Tras un rápido juicio de apenas tres semanas, el joven médium fue condenado a cumplir seis meses de trabajos para la comunidad por un delito de estafa. La pena consistía en plantar patatas en la franja fértil entre Shinnecock y Montaukett. Aprovechando un descanso en su turno, se suicidó atándose un cinturón al cuello y colgándose de la ventana enrejada de una gasolinera en Paumanok, a la vista de un autobús lleno de niños que regresaban de una excursión de dos semanas a la mística garganta de Bloody Brook, en Pocumtuc.

Más allá de la inventiva de los tabloides, que un año después de que el caso haya sido cerrado por falta de pruebas parecen los únicos interesados en resolverlo a su manera («Sonda *Phoenix* encuentra estatua de millonario en Marte», «¡Los extraterrestres se la llevaron!, afirma fantasma de cineasta muerto»), la historia que narra este libro es el único relato plausible para explicar lo que los periodistas ambiciosos, los detectives torpes y los zahoríes de varita quebrada nunca lograron desentrañar. Por ese motivo, resulta todavía más loable que la labor del editor haya sido moderada, por no decir casi nula, en la corrección del texto, siendo el suyo un gremio bien conocido por sus impulsos quirúrgicos, sus extirpaciones y sus reconstrucciones, tantas veces grotescas e infundadas. Únicamente, eso sí, se han aplicado algunos cortes y suturas allí donde ciertas frases desgarradas se desfiguraban innecesariamente. Gracias a eso, la obra mantiene su paleta uniforme, en una arriesgada réplica estilística del blanco y negro cinematográfico que solo se ve sabotada por algunos esporádicos chaparrones de color. A mi modo de ver, ese elaborado efecto cromático recrea fielmente la atmósfera de una habitación con las cortinas echadas y las persianas ligeramente entornadas cuyas tablillas solo de vez en cuando permiten que transpire al interior la espumosa claridad del sol. Lo que no es en ningún caso una solución caprichosa, dado que *Amerika* es ante todo la revelación y la ocultación de un buen número de secretos.

Fuera de esos detalles cosméticos, la mayor contribución que se le ha hecho al libro se encuentra en su vestíbulo de apertura y el des-

ván de sus últimas páginas, de los que el lector de pulgar impaciente sin duda ya se habrá percatado. Hay una razón para que figuren aquí: según propia confesión, el autor de *Amerika* solo tuvo acceso a las cuatro primeras páginas del largo reportaje del periodista Jacob Conover titulado *¿Qué fue de Baby June?* (*The London Courier*, 11 de agosto de 1967), que por algún motivo reprodujo como antecapítulo de los veintitrés capítulos de que consta *Amerika*, ya fuera porque intuía en ellas portentosas revelaciones o simplemente porque no tenía un sitio mejor en el que copiarlas. Al margen de los motivos —y he de decir que el laborioso hallazgo del resto del reportaje resolvió muchas de las incógnitas planteadas en los entresijos de *Amerika*—, aquel texto me hizo mirar con otros ojos el contenido de los dos cuadernos manuscritos (160 hojas en total, papel cuadriculado, 70 gramos, cuarto) en los que su autor desentierra y reconstruye pieza a pieza ese fabuloso capítulo de vida americana titulado *La construcción de Amerika*. Leída como un artefacto narrativo más, *La construcción de Amerika* supone un prodigio de documentación, una evasión a un universo que al lector sin duda se le antojará inmediato y remoto —como lo es el cielo visto desde el cielo, como lo es una visita al fondo del mar—, o sencillamente un amargo recordatorio de lo efímero y hasta banal de las conquistas humanas; leída, sin embargo, al trasluz de *Amerika*, ese universo de colonos iluminados, profetas del medio oeste, pioneros del cine, asesinos en serie, escultores de montañas y hasta encuentros en la tercera fase se convierte en el último mecanismo de una narración que solo entonces empezará a hacer saltar sus secretos. Naturalmente, el lector puede abordar el libro que tiene en sus manos prescindiendo de la lectura de *La construcción de Amerika*, tal y como su autor original lo planteó, y, en cierto modo, habrá adquirido el derecho a presumir del mismo grado de inmersión de quienes hayan llevado la lectura del libro hasta el final: pero carecerá del grado de iluminación que puede obtenerse una vez que han hervido en la marmita todos los ingredientes que encierra esta obra. Por eso, espero que el lector disculpe la intrusión del deslumbrado escoliasta que, tras una escrupulosa labor de lecturas y relecturas, descubrió la otra cara de la historia y decidió añadir al barboteante caldero los sustanciosos productos que habían quedado fuera de la cocción.

Imagino que a estas alturas el lector se habrá desabrochado ya los manguitos y tendrá encendido el quinqué tras su pantalla de color jade, y estará aguardando con impaciencia a que desaparezca el voluntarioso guardián de la puerta. Bien, no les entretendré más. Pero antes de desaparecer permítanme una última recomendación: en cuanto traspongan la verja, adviertan cómo el largo pasaje en blanco y negro se va lentamente coloreando, camino de ese mundo de amor y belleza llamado Amerika. Un mundo que podría estar más allá del océano o en la propia Luna, pero que, para su comodidad, se encuentra ahí mismo, en sus propias manos, a tan solo una vuelta de página de distancia.

Y una vez dentro, asegúrense bien de dónde ponen los pies.

Walter Coley
Lenapehoking, 7 de julio de 2007

The London Courier
11 de agosto de 1967

¿QUÉ FUE DE BABY JUNE? Un reportaje de Jacob Conover

NORA DARNSTÄDT, QUE DESDE EL COMIENZO DE ESTA ENTREVISTA ha preferido que la llame simplemente Nora, no puede negar el origen germánico de una parte de su árbol genealógico. Tiene el cabello rubio de las valquirias y de las niñas que se pierden en mitad del bosque, los ojos de un azul acero que recuerda al cielo de los poetas o a la pólvora quemada, y unas piernas largas y torneadas cuya visión produce el mismo efecto que cualquiera de esos milagros secretos de la Naturaleza que solo descubrimos por puro accidente: la esbelta silueta del aire que una mano asomada a la ventanilla del coche va desvelando a ciegas, ese último y plateado fulgor del crepúsculo que rubrica la defunción del sol, antes de que la noche extienda sobre el mundo su redoble de sombras. Pero Nora es algo más que una cara bonita. En su currículum se cuentan tres novelas, dos colecciones de ensayos (una sobre los pintores del llamado «arte degenerado» y otra sobre la relación entre la música de cámara y los salones literarios en el París de Luis XIII), y un extraordinario, por muchos motivos, libro de memorias, *Un capricho de junio para la Princesa Anastasia*, sin el cual posiblemente ustedes no estarían leyendo esta crónica.

Nora ha abandonado recientemente el pequeño pueblo alemán en el que ha pasado la mayor parte de su vida —salvo el dudoso repecho de una breve estancia en California— y en la actualidad reside en una elegante casona suiza que asoma a las aguas del lago Lemán, una de las muchas posesiones heredadas de su familia paterna.

La herencia de su familia materna se percibe, en cambio, en ese legado inconsútil del ingenio y la inteligencia afilada, de los cuales ya he podido tener una amplia muestra en la abultada correspondencia que he mantenido con ella en los últimos meses para persuadirla de realizar esta entrevista. También, aunque de una manera mucho más agradable, durante el trayecto en tren hasta Mont-Fleuri, última etapa de ese viaje al misterio y al pasado que representa mi encuentro con Nora. Allí, mientras leía su primera novela en el deliciosamente anticuado vagón cuyos asientos permiten al viajero imaginativo arrellanarse como en el vis a vis de un viejo salón literario, me topé con una frase inolvidable, de esas que solo han podido ser escritas en estado de gracia: «Al igual que la inteligencia, la belleza es el fruto de un encuentro inspirado, solo que su luz se posa de otra forma sobre las cosas».

Cuando me vi por primera vez ante Nora, supe sin embargo que solo quien se ha acostumbrado a concebir su belleza como un imponente talento natural (el talento de un Einstein para la física o el de un Mozart para la música) podría manifestarse con semejante autoridad... aunque se tratase de una autoridad adquirida tras largos años recelando de ese amargo don que es la belleza.

Reconozcámoslo: Nora Darnstädt es, ante todo, una cara bonita. Su semblante, sin embargo, adquiere una cualidad pétrea cuando este osado periodista la interroga abiertamente acerca de la excepcional vida —y la no menos excepcional muerte— de quien ella asegura fue su madre, aquella inolvidable actriz de cine mudo que deleitó a toda una generación con sus papeles de muchacha en apuros en *Tramps & Bugles*, *Matrimonio de una hora* o *La clase depravada*: June Caprice.

—Por supuesto que su vida fue excepcional —dice Nora tras paladear con visible placer su primer Lucky Strike de la mañana—; y con una vida como la suya no podía esperarse que su muerte fuera ordinaria. Ninguna de las dos, quiero decir.

—¿Ninguna de las dos? —le pregunto, sin poder evitar que una sonrisa incrédula aflore a mis labios.

—Eso he dicho —replica Nora, que mantiene su expresión imperturbablemente fría, pese a mi sonrisa. O a causa de ella—. Pero la muerte que a usted le interesa es la segunda.

Ciertamente, June Elizabeth March (Lawrence, Kansas, 1906), conocida mundialmente como June Caprice, tuvo una vida atípica. Atípica incluso para las atípicas vidas que la rodeaban en el atípico mundo de cartón piedra en el que vivía. Su abuelo, profeta de profesión, murió calcinado por un rayo cuando se disponía a matar a su propio hijo, probablemente en las colinas de Buck Creek, en el condado de Jefferson, Kansas. Sus tías se casaron con dos miembros de la tribu lakota y murieron tiroteadas en la masacre de Wounded Knee con poco más de veinte años. Su padre murió en 1912, a la edad de treinta y tres años, pero resucitó en 1930, tras dos años como perforador y capataz en la construcción del monumento de Rushmore, Dakota del Sur. Y June, desde muy pequeña, quiso estar a la altura del fascinante historial de su familia. A los siete años tenía una legión de seguidores que abarrotaban los teatros de Broadway solo para ver sus caprichosas improvisaciones sobre las tablas, que igual podían arrancar aplausos en la platea como hacer que la recorriese un sobrecogido estremecimiento. A los ocho ya era una estrella de cine. A los veintidós comenzó su declive. Cuando otras niñas todavía sienten pudor para elegir sus sostenes, a June ya se la había relacionado sentimentalmente con John Barrymore, Douglas Fairbanks, Lon Chaney y hasta con la propia Louise Brooks. «A los hombres les encanta acostarse con June Caprice, pero odian despertarse al lado de Elizabeth March», fue una de sus frases más célebres, y la que probablemente mejor defina su zozobrada vida sentimental. La que sin embargo dejaría para la historia resultaba mucho más desafiante, no menos melancólica, y, sobre todo, terriblemente premonitoria: «Tuve una infancia adulta, una adolescencia infantil y una juventud anciana. Con una vida así, nadie puede aspirar a cumplir treinta años».

Terriblemente premonitoria, sí. Porque June no llegó a cumplir treinta años. Ni siquiera veinticinco. Para quienes creen que la Meca de los Sueños es también la Meca de las Pesadillas, la mañana del 8 de febrero de 1930 pareció amanecer dispuesta a demostrarlo. June Caprice había aparecido muerta en su mansión de Palm Springs, con un disparo en el corazón y la cara horriblemente desfigurada, víctima de lo que en una primera valoración se antojó el ataque de un perturbado. Su muerte estuvo rodeada de incógnitas,

pero todas esas preguntas sin respuesta desaguan tristemente en una de las numerosas lápidas que jalonan el muro norte del cementerio Memorial Park, Hollywood, contiguo a los antiguos estudios Paramount. En esa lápida se recoge tímidamente la única verdad posible frente a tantas preguntas que la muerte de June dejó en el aire: «June Caprice, 1906-1930. Actriz».

¿Pero y si esa no fue la verdadera historia? ¿Y si no fue, siquiera, la historia?

Hace cinco años, durante mi estancia en Los Ángeles como enviado especial de este mismo periódico, su editor jefe, William W. Witherforce, me planteó uno de esos desafíos que ningún cazanoticias podría rechazar: ¿por qué no aprovechaba la luz y el sol de California para escribir una serie de artículos sobre los asesinatos del Hijo de Kane? A decir verdad, por aquel entonces no sabía demasiado del asunto, aparte del clásico repertorio de detalles macabros que, inevitablemente, los periodistas solían desenterrar cada vez que un nuevo asesino en serie dejaba en algún lugar de América su rúbrica de cadáveres. Sabía, por ejemplo, que Melmoth Kane, como afirmaba llamarse aquel antiguo vendedor de aspiradoras Hoover que había reconocido la autoría de los asesinatos, murió el 13 de octubre de 1931 en la cámara de gas de la prisión federal de San Quintín. Sabía que Kane, entre 1924 y 1930 (probablemente antes), había asesinado, troceado y enterrado a más de sesenta mujeres en Texas, Arizona, Arkansas, Nuevo México y otros diez o doce estados más. Sabía que sus crímenes habían ido cobrando un método particular que poco a poco se fue radicalizando a medida que aumentaba dramáticamente la frecuencia de sus ejecuciones: desde los estrangulamientos de los primeros casos a los descuartizamientos y horribles desfiguraciones de la tercera oleada de 1928-30. Y sabía lo único que durante el verano de 1962 me interesaba saber: nadie en más de treinta años había escrito un solo artículo serio sobre Melmoth Kane. Absolutamente nadie.

Acepté el desafío sin dudarle.

Lo que no sabía en aquel año de 1962 era que estaba a punto de adentrarme en el período más tortuoso y oscuro de mi existencia: todo gracias a Melmoth Kane, cuyo fantasma, por decirlo así, me acompañó incluso demasiado de cerca los siguientes dos años. En

ese tiempo, mis investigaciones fueron apareciendo regularmente en el suplemento dominical del *London Courier* (16 de septiembre de 1962-8 de agosto de 1964), y casi de inmediato fueron recogidas en el libro *No vuelvas sola a casa: Vida y asesinatos de Melmoth Kane*, cuyo «extraño» título —según ciertos críticos de lecturas transversales— estaba inspirado en los folletos que, a lo largo de 1927, la policía de diversos estados repartió en universidades, hospitales, centros comerciales, bibliotecas, escuelas y salas de baile de toda América a mujeres de entre dieciséis y cuarenta años. La aparición del libro coincidió con la detención y posterior juicio de Albert DeSalvo, el asesino confeso de trece mujeres conocido como «El Estrangulador de Boston», lo que convirtió a Melmoth Kane en el virginal objeto del deseo de quienes buscaban un precursor moderno para DeSalvo, y a mi libro en un inesperado éxito de ventas en Inglaterra y Estados Unidos que me obligó a emprender una agotadora gira promocional de seis meses. Para entonces, aborrecía de tal manera a Melmoth Kane que, una vez finalizadas mis obligaciones contractuales con los editores americanos e ingleses, decidí cerrar la puerta que comunicaba con su universo de mujeres descuartizadas y mensajes divinos para no volver a abrirla nunca más.

O eso pensaba.

En noviembre de 1966, mi editora francesa, Janice Lecour, me envió por correo urgente un libro recién publicado en Alemania junto con una serie de páginas manuscritas, en las que la eficiente Janice había traducido uno de los capítulos del libro bajo el siguiente epígrafe: «Puede que esto te interese» (léase en mayúsculas y con varios signos de admiración). El libro tenía por título *Un capricho de junio para la Princesa Anastasia*, y su autora era una escritora, antigua Miss América y psicóloga alemana de treinta y cinco años llamada Nora Darnstädt. Lo primero que pensé es que aquellos títulos y profesiones, si no eran una broma, se excluían mutuamente. Tras leer las primeras frases de la traducción de Janice, imaginé cuáles podían ser los títulos (o profesiones) descartados.

Nora Darnstädt decía ser la hija que la actriz June Caprice tuvo el 22 de octubre de 1931, exactamente un año y diez meses después de que June fuera enterrada en el cementerio Memorial Park. El ca-

pítulo que Janice había traducido daba a entender cómo aquel dudoso milagro había sido posible:

Mi madre había conocido a Sarah Parker, radiante ganadora del concurso de bellezas locales de Little Rock, Arizona, en una de las mansiones que el magnate Carl Laemmle poseía en Palm Springs. Mamá adoraba a Carl, pero nunca llegó a saber a las claras si ese sentimiento era correspondido: según ella, Carl había llegado adonde estaba por ser amigo de sus amigos, enemigo de sus enemigos y todas las posibles combinaciones de esos cuatro elementos (...)

Sarah, por su parte, jugaba alegre y despreocupadamente a la recién llegada. Se dice que la misma semana en que mamá la conoció había tenido una fugaz pero sonada aventura con dos estrellas de alto voltaje en su momento de máxima luminiscencia: digamos que fue compartida en el mismo continuo espacio/tiempo por el Hijo del Zorro y la Esclava de los Sentidos. (Y quien tenga oídos, que oiga). Sarah tenía diecinueve años. El concepto de fugacidad, en este caso, sería muy relativo.

¡Pobre Sarah! Mamá nunca dejó de ayudar a quien lo necesitaba, pero en esta ocasión la protegida se convertiría sin pretenderlo en la protectora. Sarah Parker agradeció de corazón que mi madre le prestase por unos días su casa de Palm Springs: allí se instaló, con su equipaje de sueños y los ojos abiertos de par en par, como la niña entregada a la vida que nunca dejaría de ser. Porque lo cierto es que ya no tendría tiempo de ser otra cosa. La noche del 7 de febrero de 1930, alguien decidió colgar su nombre, de la manera más terrible posible, en el invisible paseo de soñadores desconocidos que existe en alguna parte del Bulevar de los Sueños Rotos, Hollywood CA, allí donde Dick Powell seguirá cantando eternamente por Gigoló, Gigolette y todos aquellos que un día despertaron con los ojos empañados por las lágrimas de los sueños perdidos. Y a veces ni eso.

(...) Descansa en paz, Sarah Parker, estés donde estés. Mi vida solo existe gracias a la tuya.

Janice Lecour tenía razón en que aquello podía interesarme. Sarah Parker, de diecinueve años, procedente de Little Rock, Arizona, era una de tantas muchachas desaparecidas durante el invierno de 1929-30 en la ciudad de Los Ángeles a las que la policía contabilizó

entre las posibles víctimas no reconocidas de Melmoth Kane. Se sabía que Kane estuvo allí porque él mismo admitió haber asesinado a June Caprice —«el Diablo me llevó hasta ella», dijo, «yo solo tuve que seguir sus pasos»—, aquel final de campanillas a su larga y ajetreteada carrera de asesino, y lo cierto es que en el apartamento de June se hallaron pruebas incriminatorias contra Kane. También se supo, gracias al testimonio de varios testigos que vivían prácticamente pared con pared de la casa de June, que los días anteriores a la muerte de la actriz habían sido vistas «dos mujeres entrando y saliendo de la vivienda de Ms. June Caprice (*sic*) en Palm Canyon Dr. en actitud que los testigos describen como ‘cariñosa’, siendo una de las dos mujeres la propia Ms. Caprice (*sic*); cuando se les preguntó qué entendían por ‘actitud cariñosa’, uno de los testigos explicó que era ‘como la que tendrían un hombre y una mujer’». Aquello dio pábulo al rumor de que June Caprice y su misteriosa acompañante mantenían una relación sentimental, y que el asesinato pudo haber tenido por móvil los celos, la aparición de una tercera persona o la voluntad de romper la relación por parte de June. Sin embargo, nunca pudo probarse que June mantuviera ningún tipo de relación en aquellas fechas, y la posibilidad del móvil pasional tuvo que ser consiguientemente descartada.

Ahora, atengámonos a los hechos conocidos.

Kane estuvo allí.

Y Kane mató a June Caprice.

Eso es lo que decía la historia.

A menos, claro, que la historia estuviera equivocada. A menos, claro, que Nora Darnstädt no mintiera y Melmoth Kane, lo supiera o no, hubiera dirigido su bala al corazón de Sarah Parker, reina de la belleza de Little Rock, Arizona, mientras June vivía una nueva vida oculta en un pueblecito alemán.

Cuando le presenté a Nora el libro y las páginas traducidas por Janice, mi primera pregunta fue para saber cuánto de verdad y cuánto de mixtificación había en aquellas palabras. Nora no se mostró ofendida por mi pregunta. Simplemente, tomó las páginas en su mano izquierda mientras sostenía el cigarrillo con la mano derecha. No pude evitar mirar sus dedos largos, esbeltos, que iban pasando las páginas con elegante lentitud, una a una. Esbeltos,

pensé, como ese sinuoso cuerpo de mujer que se esconde bajo la piel del viento.

—Su amiga Janice ha sido extremadamente celosa en la traducción —dijo Nora con una ligera sonrisa que, por primera vez, desentumeció la severidad de su rostro—. No fui Miss América, afortunadamente, sino Miss Amerika, con «k». Miss Amerika... Es algo muy distinto.

—¿Amerika? —le pregunté—. ¿Dónde está? Nunca he oído hablar de ella.

Nora se llevó el cigarrillo a los labios, le dio una profunda calada mientras me observaba con los párpados entrecerrados, y, expulsando el humo lentamente, me dedicó una mirada que no supe decir si era indulgente o misteriosa:

—Pues ármese de paciencia —dijo—, porque cuando acabe esta entrevista, le aseguro que habrá oído hablar de ella para el resto de su vida.